

Reportaje

Las tareas de la edad adulta: Dar vida y cuidarla Dr. Rafael Polanco Delgado

Solo cuando una pareja ha alcanzado la etapa de la madurez, está en condiciones de dar vida, es decir, permitir que otro nuevo ser, su hijo, inicie seguro el camino de su existencia

Vivir es recorrer un camino, empleando al amor como fuente de energía, un itinerario con la mente y la mirada abiertas a la bondad y la belleza, con gratitud, curiosidad y asombro, con esperanza y consuelo.

Al “andar” este camino, la persona experimenta modificaciones involuntarias y alcanza su zenit espiritual con la madurez, a través del idóneo desarrollo de la inteligencia y de la voluntad, obteniendo la paz interior mediante la adaptación a las situaciones que no podemos cambiar y modificando decididamente y con responsabilidad aquellas que sí podemos hacerlo.

Para muchos, la madurez sería una meta a la que se llega en forma automática al cumplir con condiciones como: “una vez alcanzados los 18 o 20 años”, o “cuando me compro una casa”, o “si mantengo ciertas relaciones sexuales”, o “si soy capaz de ingresar en forma regular en mi cuenta bancaria cierta cantidad de dinero”: craso error todas ellas. Madurez implica libertad espiritual y, al mismo tiempo, el empleo habitual de una serie de cualidades y valores, o -si lo preferimos- satisfacer aquellas condiciones que el escritor británico Rudyard Kipling definió de manera brillante en su poema “Si...”.

Pero esto no es tarea fácil, la adultez que nuestros padres vivieron no es equiparable a la actual, porque los parámetros que ellos emplearon han variado en forma tan manifiesta que ya a nosotros no siempre nos sirven; aquel “modus vivendi” es con frecuencia diferente del actual, por ello necesitamos crear otros diferentes partiendo a veces de cero. En consecuencia, ser adulto maduro ahora, es muy diferente a algunos decenios anteriores.

Leon Tolstoi decía que el hombre, durante su peregrinaje por la tierra debe concentrarse en tres puntos referenciales que menciono a continuación.

Comencemos por “la tarea”: son los actos de creación o de fe que debo que realizar y hacerlo con el mayor esmero, con la máxima dedicación, sea cual sea esta actividad, lo mismo da escribir una carta, que hacer el desayuno o diseñar un edificio.

El “ahora” es otro mojón importante, el pasado ya no cuenta, el mañana es incierto, es en el momento actual en donde la persona tiene que concentrarse y realizar esa tarea encomendada a la mayor perfección y con la máxima dedicación.

En tercer lugar menciono a “mi prójimo”: es la persona que me necesita, es lo importante y a la que yo puedo ayudar, acaso el pobre necesite dinero, el triste consuelo y una sonrisa, el débil una palabra de ánimo, el moribundo una mano que acaricie la suya, el que lucha un apoyo moral, el rico un sincero amigo. El secreto es el dar algo, sólo el que nada tiene, nada puede dar.

Aunque no comprendamos la paradoja, dar no hace angosto el -con frecuencia difícil- camino de la vida, al contrario, es lo que retenemos lo que estrecha, divide o resta. Lo que damos suma y multiplica, ensancha y allana, la dadiva todo lo hace más asequible y fácil.

Dar es devolver, es concordar con el plan del Padre, es comprender el principio de la siembra y la cosecha, es vaciarse para continuar llenándose, es liberar y protegerse del egoísmo, del orgullo y de la injusticia.

Sólo cuando una pareja ha alcanzado la etapa de la madurez, está en condiciones de dar vida, es decir, permitir que otro nuevo ser, su hijo, inicie seguro el camino de su existencia. Esta realidad se justifica por el hecho de que el camino de ese ser incipiente, va a estar perfectamente protegido dentro de un núcleo familiar sólido y funcionalmente eficiente, basado en el amor y arropado por las personas responsables que le permitieron nacer y que le aseguran un inicio óptimo en el largo y con frecuencia difícil itinerario que le aguarda.